

—Pues me alegro. Finalmente ¿cómo haríamos para averiguar á cuánto podrá montar la fortuna de las “ñatas?”

—¿Cómo las “ñatas?” ¿Quiénes son las “ñatas?”; ¿Qué nombre tan raro!

—¿No las conoce usted? preguntó Paulina soltando una alegre carcajada. Son las “de” Dena, y apoyó la pronunciación en la preposición “de.”

—¿Cómo no! si visito su casa; pero no las conocía por el apodo.

—Es extraño, pues en Fópoli, más las conocen por “ñatas” que por Denas. . . . ¿Podrá usted aclararlo?

—Esto es más difícil que lo otro, porque dicen que la testamentaria de don Arnulfo quedó muy enredada; pero por dar gusto á usted, voy á intentarlo.

—Mucho cuidado, doña Dorotea, no vaya usted á darme malas cuentas con el encargo, concluyó Paulina levantando el índice de la mano derecha en señal de amenaza.

—Pierda usted cuidado, repuso la señora López con cierto tonillo de fatuidad; no quedará usted descontenta de mis gestiones.

La señora López, á pesar de ser tan buena, tenía sus vanidades, y una de ellas consistía, precisamente, como lo dijimos ya, en dárseles de bien relacionada y conocedora de todos los secretos y poridades de las familias.

Cuando se despidió Paulina, se quedó pensando para sí la buena señora:

—Es claro como la luz, el objeto que se propone esta joven, al enviarme á hacer tales correrías. Como acaba de recibir la visita de ese hacendado, desea saber cuánto tienen él y cada uno de sus otros enamorados, para decidirse por el más rico. . . . ¡Qué cosas tan extraordinarias y chocantes pasan en estos tiempos! En los míos, todo era muy diferente. Cuando me casé con el coronel, lo preferí á muchos otros pretendientes adinerados, sólo porque me simpatizó y le quise, y nunca se me ocurrió convertir el matrimonio en negocio.

Sus recuerdos le arrancaron un hondo suspiro netamente romántico, y digno de los años de 30 á 40 del pasado siglo, y la llevaron muy lejos del lugar y la hora presentes, abriendo de nuevo á sus ojos las puertas herrumbrosas de su pasado, que había sido para ella tan brillante como seductor.

## VIII

### Dimes y diretes

Las excelentes disposiciones de doña Dorotea para ser útil á los demás, nacían



de su índole naturalmente buena y comunicativa, y de su deseo de dar pruebas de la abundancia de sus relaciones sociales ó de la agudeza de su ingenio; así es que no es de extrañar recibiese de buen talante las recomendaciones de Paulina, y se propusiese desempeñarlas al pie de la letra. Animada de tan buenos deseos, se puso en campaña desde el siguiente día al de la entrevista con la joven, é invirtió toda la Semana Santa en hacer visitas y pesquisas, que le instruyesen y pusiesen al tanto de cuanto procuraba investigar. Su gira, después de buscar y husmear despacio por todos los hogares donde creyó encontrar un rayo de luz, acabó en la casa de las "de" Dena. Allí habló de Gustavo Schultze, y algo, aunque muy embocado, acerca de los medios de vida de la encopetada familia; y con el mayor arte, y la más sutil astucia de que pudo echar mano, procuró sonsacar á doña Anastasia y sus hijas cuantos informes estimó de importancia sobre tan delicados asuntos. La familia "de" Dena se dejó interrogar pacientemente, no sospechando, sin duda, la naturaleza de la misión que la señora López llevaba, ni la persona por cuya cuenta andaba dando aquellos pasos; de suerte que le confió cuanto sabía, y le proporcionó datos preciosos, no sólo sobre sus propias circunstancias, sino también sobre las de Gustavo. Tanta deferen-

cia, aunque atribuída por la señora López á sus propios merecimientos, había sido inspirada, no obstante, á aquel grupo aristócrata, por motivos interesados, que doña Dorotea, á su vez, no llegó á vislumbrar; y fueron los de saber por su intermedio, de la manera más diplomática posible, cuál era el estado verdadero que guardaban los amores de Grimm con Berta; pues, en lo que se refería á los de Schultze con Paulina, para nadie eran ya un misterio. Sobre los de Julio había aún opiniones, y diferían los criterios, porque, como el alemán no había cambiado en lo ostensible su actitud hacia la familia, reinaba una gran perplejidad en el seno de ésta, sobre las miras amorosas de aquél. Consuelo tenía en lo particular fundados motivos para creer que Grimm se le alejaba; pero formábase todavía mil ilusiones, alentada por su misma inclinación hacia el joven, y por las obscuridades en que se veía envuelta. La señora López no estaba al tanto de aquella rivalidad, ni sospechaba que la huérfana desease guardar reserva sobre sus inteligencias con Julio; y como era dada, por desdicha, á los exquisitos placeres del comentario y la charla, fácilmente se dejó examinar y repreguntar por doña Anastasia y sus hijas, á quienes dió amplios informes y circunstanciados detalles sobre todo cuanto sabía.

—¿De suerte, concluyó doña Anasta-



sia, venciendo magnánimamente la explosión de su rabia, que Grimm corteja á Berta?

—Como estar Dios en los cielos, doña Tacha. En mis manos he tenido las cartas que ha escrito á la joven, repuso la anciana.

—¿Y Berta? intervino Consuelo con temblor en la voz, ¿le ha correspondido?

—Oficialmente todavía no, repuso la interrogada, porque la muchacha es juiciosa y no se lleva nunca de las primeras nuevas; pero le quiere y acabará por hacerlo.

—Ya lo creo, prosiguió Consuelo con despecho. ¡Cómo no había de quererlo! ¡Si es un fortunón que se le mete por la casa!

—Diré á usted, Consuelo, replicó doña Dorotea con gravedad y nobleza, sacando la espada por su joven amiga; Berta vale mucho, y por más pobre que sea, es digna de enlazarse hasta con un príncipe.

—¿Lo cree usted así? preguntó fríamente Socorro.

—Firmemente, porque la conozco. Es muy buena con todos, y conmigo muy especialmente. . . . No hay quien no la quiera en el Hospicio.

Doña Anastasia, viendo el giro que tomaba la charla, y sintiéndose á punto de manifestar el disgusto que le causaban tantos elogios, prefirió cortar la conver-

sación. Con tal mira, hizo señas á sus hijas de que callasen para que languideciese el diálogo, considerando que un buen intervalo de silencio podría poner punto á la visita, como lo puso en efecto, pues á poco se despidió la señora López.

Una vez solas, celebraron madre é hijas un conciliábulo animadísimo para determinar el partido que debían seguir, dadas las circunstancias del momento, y, después de mucho discutir y enfullinarse, acabaron por convenir en que no sería oportuno llamar á cuentas á los alemanes, cuando volviesen de Colima, porque sería indecoroso y humillante entrar con ellos en aquellas investigaciones. Consuelo y Socorro habían quedado plantadas, en ello no cabía duda, y Berta y Paulina les habían arrebatado los novios; pero debían conservarse todas las apariencias de una perfecta ecuanimidad, pues así lo exigía su dignidad social y nobiliaria. Eso no quitaba ¡eso no! que tan negra perfidia debiese ser durísimamente castigada. Había que sentar bien la mano á las insolentes hospicianas. ¿Cómo? ¿Por qué medios? Hé aquí lo que era forzoso definir.

Al cabo de un largo y acalorado debate, en que hubo quejas, recriminaciones y llanto, quedó resuelto lo siguiente: eliminar á Gustavo de la sociedad de la familia, por haberse hecho indigno de su trato y confianza, después de la riña callejera



con Prudenciano; continuar recibiendo y atendiendo á Julio, como si nada hubiese pasado entre él y Consuelo, para no humillar la bandera y aparentar que ni siquiera había sido notada la defección; y, finalmente, y sobre todo, delatar ante sor Ignacia á las pícaras asiladas para que las pusiese en el potro, las asase á fuego lento ó les impusiese cualquier otro castigo terrible é inusitado; ó bien para que las arrojase á la calle á pedir limosna de puerta en puerta.

¡Lástima que los "días santos" se interpusiesen entre su cólera y su venganza, ya que las hermanas acostumbraban pasarlos en retiro espiritual, y se negaban á recibir gente de fuera, durante todo ese tiempo! Había, pues, que esperar una semana; pero se podría aprovechar bien la tregua, fraguando astutos planes, preparando con mayor esmero las requisitorias, y, sobre todo, almacenando mayor cantidad de indignación y de bilis en el estómago, como quien guarda pólvora y dinamita para causar una explosión más terrible. El Domingo de Resurrección estarían á primera hora en la Casa de Caridad con su acusación y propósitos exterminadores, y ese mismo día, sin duda, serían ejecutadas Berta y Paulina por mano del verdugo, después de haber sido obligadas á prescindir de sus insensatos y desacatados amores, en aras de la grande-

za de la familia querellante; su alta posición y su gran influjo social, no les permitiesen poner en duda aquel placentero desenlace

Adoptado el plan, se separaron doña Anastasia y sus hijas, retirándose á sus sendos aposentos para meditar á solas sobre la enormidad de lo sucedido, y sobre lo increíble, nunca visto y ejemplar que estaba por suceder. . . . en cabeza ajena. Socorro, que era muy frívola, no tomó á lo dramático la traición de Gustavo y Paulina; de suerte que se contentó con la perspectiva de un desquite en la forma acordada, y su anhelo de venganza no fué más allá. Pero no sucedió lo mismo con Consuelo; ella, por su parte, no quedó satisfecha. No le parecía suficiente que Berta fuese arrojada al arroyo, y ni aun siquiera se habría conformado con que se le aplicasen las penas del knut ó del garrote. Quería á Julio de veras, y no podía arrancarse del alma aquella afición, y á tal punto era así, que hasta el alejamiento y la infidelidad del ingrato, habían acrecentado el interés que le inspiraba. ¡Pobre virgen necia! Había encendido demasiado tarde su lámpara, y se le alejaba el esposo que había estado á punto de llamar á su puerta. Aquella situación exaltaba sus pasiones y la sacaba de quicio. Era preciso volver á ganar el corazón de Grimm, no perder una conquista tan la-



boriosamente lograda, y, sobre todo, no permitir que Berta resultase feliz y victoriosa. En todo caso, si Grimm no había de ser para ella, que fuese para otra, para cualquiera, menos para su odiada y pérfida amiga. Pero ¿qué hacer para lograr aquel desenlace? En vano se devanaba los sesos urdiendo proyectos, trampas y celadas para hacer añicos á su rival; nada le parecía bueno, nada posible ó suficiente. Lo primero que se le ocurrió fué poner ante los ojos de Berta las esquelas y tarjetas que de Julio tenía, y hasta una fotografía con dedicatoria que él le había regalado el día de su santo, para hacer creer á la hospiciana que había amores y no simples preliminares amorosos, entre Grimm y ella. Conocía bien á su condiscípula, y sabía que, por ser tan cándida como era, en llegando á persuadirse de que había traicionado á la amistad, ó de que era vil juguete de Julio, prescindiría de sus amores en el acto, por más doloroso que le fuese el sacrificio; mas para una ú otra cosa, necesitaba la abandonada joven presentar pruebas convincentes, y, por desgracia, todos los papeles escritos que de Julio conservaba, y fué pasando cuidadosamente en revista, versaban sobre asuntos clara, neta y meramente sociales, aun siendo, como eran, por extremo galantes y expresivos. Por incauta que fuese la hospiciana, no llegaría hasta el punto de

morder aquel toseco anzuelo: y si no lo mordía, la dejaría más humillada. A la vista de su impotencia, exaltáronse hasta el frenesí las pasiones de la joven, y, paseándose por la habitación como leona enjaulada, no cesaba de poner en aprietos su inventiva para combinar un plan que la satisficiera. ¡Necesitaba á toda costa engañar á Berta! ¡Ahí estaba el nudo de la dificultad y de la venganza; aquel debía ser el punto de partida y de mira para todo cuanto hiciera, así para satisfacción de su amor, como de su odio! De pronto, nada se le ocurrió, aturdida por tanto cavilar y por su mismo rencor; pero poco á poco fué dibujándose en su imaginación una idea, mas una idea de tal naturaleza, que comenzó por causarle repugnancia y disgusto. Pero fué tan obstinada, que persistió en su mente hasta acabar por imponérsele y tomar asiento en ella. Recordó á este propósito, que era una pendolista notable, y que se había distinguido en sus clases por los primores de todo género que había sabido hacer con la pluma. ¿Pues para qué le servía aquel talento, si no echaba mano de él en circunstancias apuradas? Enamorada de Grimm, se había complacido durante su permanencia en Colima, no sólo en copiar los recados y cartas que de él recibía, sino hasta en imitar nimia y escrupulosamente su



letra, ya para escribir el nombre de Julio, tan caro á su corazón, ya para trazar en secreto con mano trémula, las palabras "te amo, tuya hasta la muerte," ú otras igualmente rendidas y patéticas. Aquella práctica dilatada había acabado por darle tal destreza en ese ejercicio, que varias veces había sorprendido y hecho reír á Grimm, presentándole palabras y líneas escritas por mano de ella, que el joven había tomado por salidas de su misma pluma. Podía valerse, pues, de aquella preparación casual, para fraguar un documento decisivo, y escribir una carta ó unos renglones netamente amorosos para ella ó despreciativos para Berta, que fuesen admitidos por ésta como auténticos. Las circunstancias eran particularmente propicias para la combinación, pues la ausencia de Grimm impedía una explicación inmediata entre los enamorados, y las cartas de Berta tardarían mucho en llegar á Colima; y, entretanto, podrían suceder muchas cosas, merced al desconcierto y enojo que el documento falso produjera. Lo importante era sembrar en aquellos corazones el desorden y la desconfianza. ¿Y qué mal podría resultar para ella de tal expediente, en todo caso? Aun suponiendo que la superchería llegase á ser descubierta, Grimm vería sólo en ella una nueva prueba de que era amado, y por más que condenase aquellos

manejos, no podría menos de agradecer tanto cariño; y, por lo que hace á Berta, sería incapaz de vengarse, por su necia é invariable mansedumbre. En todo caso, había que arrojar los dados y esperar el fallo de la suerte. En resumen: de ahí podría resultar, en el mejor de los supuestos, un rompimiento entre Berta y Julio, y en el peor, y cuando menos, un grave disgusto entre los enamorados. Y aun dando por caso que se averiguase la falsificación ¿quién iba á quitar á Berta, durante algunos días, la congoja de la sospecha, el dolor del desencanto y la honda aflicción de su creído abandono? Si no podía hacerse otra cosa, había, al menos, que aplicar agudo tormento á aquel corazón hipócrita y fementido.

Así fué tomando cuerpo y arraigando en el espíritu de Consuelo aquella idea perversa, cuya ilicitud procuraba atenuar á sus propios ojos con argumentos de amor y despecho, absolviéndose en el fuero interno, con la disculpa de que lo que iba á hacer no era una maldad, sino un mero ardid de guerra, y de que tenía derecho para defender, de cualquier modo y por todos los medios posibles, la felicidad de su vida. Una vez formada aquella resolución, se encerró Consuelo en la alcoba para que nadie la viese, y se consagró con alma y vida á trazar los consabidos renglones, teniendo á la vista



la escritura genuina de Grimm para imitarla hasta en sus menores detalles; y continuó repitiendo el ejercicio durante la Semana Santa, hasta quedar satisfecha de la perfección y maestría con que ejecutaba la labor vergonzosa. Cuando llegó á ese punto, se proporcionó con sigilo plieguitos y sobres color de rosa, de los mismos que Grimm usaba, y saturándolos del perfume caro al alemán, escribió en una de aquellas hojas, breves renglones, incisivos y bien meditados, para producir el engaño propuesto; y hecho esto, los firmó con el nombre de Julio. La madre y Socorro nada supieron de todo aquello, pues Consuelo no quiso ponerlas en el secreto, considerando que, si bien soberbias y agresivas, no hubieran sido capaces de aprobar su conducta, porque tenían fondo de dignidad, y su orgullo mismo les impedía descender á acciones de tan mal género. A Consuelo también le repugnaba lo que iba á hacer; pero, cegada por el rencor, no retrocedió ante la vileza, por no prescindir de su venganza ni de sus anhelos.

Es tiempo ya de volver á doña Dorotea. Poco tardó, como hemos dicho, en aclarar los tres puntos que Paulina le había encomendado, pues tan activa anduvo en sus pesquisas, y tal maña se dió para hacerlas, que, en menos de una docena de visitas repartidas entre la aristocracia y

la clase media de Fópoli, llegó á saber con certeza, ó con bastante aproximación, al menos, cuanto deseaba; así que el Viernes Santo por la tarde, se halló en aptitud de rendir á la interesada, el informe apetecido, lo cual hizo después de la ceremonia religiosa del Pésame, acercándose misteriosamente á Paulina, y poniendo en su conocimiento todo lo siguiente:

“1º. Que Gustavo Schultze era simple dependiente de un almacén mercantil, y carecía de capital;

“2º. Que la familia “de” Dena podía tener, á todo tirar, doscientos mil pesos en junto; y, finalmente,

“3º. Que don Arcadio Contreras y Espinosa poseía una fortuna bien saneada, que no bajaba de quinientos mil, y era tan solo como el judío errante.”

Una vez hecha la luz sobre tan trascendentes materias, orientáronse firmemente las ideas de la joven. Lo primero que pensó, aunque con pena, fué que debía quebrar con Schultze desde luego, porque su pobreza no le permitía entregarse á amores románticos; y lo segundo, que debía hacer lo mismo con Prudenciano, si bien esto no le causaba la menor pesadumbre. Sin embargo, se habría alegrado de que el joven Dena hubiese tenido quinientos mil pesos como don Arcadio, para casarse con él de preferencia, no por amor á él, sino por odio á ellas. ¡Qué



delicioso le hubiera parecido entrar á la fuerza y como ruda cuña en la familia de las "ñatas," para matar á disgustos á doña Anastasia, á Consuelo y á Socorro, excitándoles el hígado á todas horas y haciéndoles derramar cántaros de bilis! El resultado de todo fué, pues, que don Arcadio, ó sea su dinero, resultase preferible á todo y á todos. ¡Había que caer en sus brazos, echando doble vuelta de llave á las puertas del amor, del odio, de la simpatía, de la juventud, de las ilusiones, de todas aquellas zarandajas que no valían nada, y servían sólo para cegar y empujar á los huérfanos al pozo de las necesidades!

Las vacilaciones de Paulina no habían tenido, pues, carácter serio, y cuanto había oído de boca de la superiora, había sido perfectamente inútil. Que don Arcadio fuese hombre de edad, feo y zafio; que probablemente nunca llegarían á entenderse, ni siquiera á tolerarse, él y ella; que los dos podrían hacerse desgraciados: todo eso, y mucho más que tal vez se le ocurrió, fué visto por la joven como cosa de muy escasa importancia. Quería salir del Hospicio á toda costa y cuanto antes, porque le era odiosa la reclusión, porque la tenía fastidiada aquella casa, y porque vivía en constante é injusta pugna con las hermanas. Por otra parte, su aspiración más cara había sido la de hacer un

buen matrimonio, esto es, un matrimonio de conveniencia, para tener casa lujosa, carruajes y vestidos elegantes, y ver de potencia á potencia, cuando no de arriba abajo, á tantas jóvenes ricas como la habían menospreciado. Eso era lo importante.

Radiante amaneció, pues, Paulina, el Domingo de Resurrección, al considerar que, pobre como era, sin familia ni fortuna, tenía en aquellos momentos tres adoradores á sus plantas: un alemán, un aristócrata y un capitalista. ¿Qué compañera suya, en todo el Hospicio, podía jactarse de semejante abundancia? Sobrábale donde escoger, y no tenía más que abrir la boca para quedarse con una ú otra de aquellas ricas prendas; pues el mismo Prudenciano, por inaudito que pareciese, y á pesar de la escena del jardín y del pugilato con Gustavo, no había podido prescindir de ella, atraído, sin duda, más que nunca, por el cebo del amor, del amor propio y del apetito. No cabiendo el gusto en el cuerpo de la joven, tuvo que confiar á alguien cuanto le pasaba; y para ello eligió á Berta. Conocía ésta ya al palmo cuanto se refería á las intrigas de Gustavo y Prudenciano, por haberse hecho públicas, pero no había tenido hasta entónces, ni los más leves barruntos de la repentina agresión del bueno de don Arcadio; así que, atónita al escuchar lo